

www.elboomeran.com

STEPHEN PIMPARE

Historia de la pobreza en EE.UU.

TRADUCCIÓN DE RICARDO GARCÍA PÉREZ



EDICIONES PENÍNSULA

BARCELONA

Título original: *A people's history of poverty in America*
© Stephen Pimpare, 2008
Publicado bajo el acuerdo con The New Press, New York

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Primera edición en castellano: junio de 2012
© de esta traducción: Ricardo García Pérez, 2012
© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2012
Ediciones Península,
Peu de la Creu 4, 08001-Barcelona.
info@edicionespeninsula.com
www.edicionespeninsula.com

VÍCTOR IGUAL · fotocomposición
BLACKPRINT, S.L. · impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 14.565-2012
ISBN: 978-84-9942-150-6

*Para Kathleen Bergeron
y JoAnn McGravey*

Deténgase un momento. Voy a ser sincera. Esto es lo que quiero que haga. Quiero que disimule su asco, que se olvide de que lleva ropa limpia y que venga ahora mismo conmigo; aquí, a lo más denso de la niebla y el fango y el hedor más nauseabundo. Quiero que escuche esta historia.

REBECCA HARDING DAVIS, 1861

Hemos acabado por saber que todos los individuos, desde su generación hasta la siguiente, viven en alguna sociedad; que viven con una biografía, y que la viven en el marco de algún tipo de secuencia histórica. Por el mero hecho de vivir contribuyen, por minúscula que sea su aportación, a dar forma a la sociedad y al curso de su historia, aun cuando ellos mismos sean fruto de la sociedad y de las arremetidas y el empuje de la historia.

C. WRIGHT MILLS, 1959

Nos narramos nuestras historias individuales para tomar conciencia de nuestra historia colectiva.

RALPH ELLISON, 1978

Somos lectores de la historia. Especialmente para los dirigentes y organizadores de extracción más pobre, leer e interpretar la historia es una cuestión de supervivencia. Cuando son otros quienes han controlado los debates, las explicaciones y teorías sobre nosotros y nuestra situación (las personas que en la actualidad controlan las instituciones de la sociedad), debemos asumir el mando y engranarlas en nuestra experiencia e interpretación de la historia.

WILLIE BAPTIST Y MARY BRICKER-JENKINS, 2002

En nuestro país hay muchas personas que no conocen el azote de la pobreza, pero podemos escuchar a quienes sí lo conocen.

GEORGE W. BUSH, 2001

ÍNDICE

Introducción: Los pobres indignados y las constantes de la ayuda	15
1. SOBREVIVIR: EL GUARDIÁN DE MI HERMANO	37
2. DORMIR: UN SITIO AL QUE LLAMAR HOGAR	71
3. COMER: BUCEAR EN LOS CONTENEDORES	123
4. TRABAJAR: (EN) DEPENDENCIA	147
5. AMAR: LAS MUJERES Y LOS NIÑOS PRIMERO	167
6. RESPETO: EL PRECIO DE LA AYUDA	205
7. HUIR: NEGRO Y TRISTE	235
8. RENDIRSE: ¿UNA CULTURA DE LA POBREZA?	273
9. RESISTIR: PAN O SANGRE	287
Epílogo: Tristes números	321
Notas	347

HISTORIA
DE LA POBREZA EN ESTADOS UNIDOS

INTRODUCCIÓN

LOS POBRES INDIGNADOS Y LAS CONSTANTES DE LA AYUDA

Me acuerdo de la anciana que vivía en el interior del país y un día fue al mar. Había vivido toda su vida en la pobreza. Nunca había tenido lo bastante de nada. Toda la comida que caía sobre la mesa, toda la ropa que vestía, tenía que ser meticulosamente medida. Cierta día, unos parientes amables la llevaron al mar. Se sentó junto a la orilla, en silencio, y al principio no se le oyó decir ni una palabra. Luego, cuando la miraron, le caían lágrimas por las mejillas. «¿Por qué, tía? —le preguntó su sobrina—. ¿Qué pasa? ¿Te encuentras mal?» «No —respondió ella llorando—. No me encuentro mal; pero, gracias a Dios, he visto algo de lo que hay de sobra.»

OSCAR MCCULLOCH, 1889

Un mes de diciembre, a principios de la espantosa depresión de 1893, cuando se aproximaba la Navidad, un desfile de damas peripuestas de la Children's Potted Plant Society («Asociación de Tiestos para Niños») se abrió paso por los suburbios del Lower East Side de Nueva York en misión de caridad. Tenían un plan muy sencillo: iban a entregar una maceta con una planta a cada uno de los jóvenes más necesitados para ofrecerles un pedazo de vida y color que alegrara sus lúgubres y hacinadas moradas. Esperaban encontrar rostros sonrientes y agradecidos cuando distribuyeran cada uno de los presentes, una plan-

tita para cada pobrecito. Quizá aquel pensamiento complaciente compensara la inquietud que debieron de haber sentido por aventurarse en un territorio ajeno. Era una de las sociedades benéficas predilectas de Helen Gould (hija de Jay Gould, el despiadado capitalista).

De manera que el lector podrá imaginar cuál fue su sorpresa cuando, en lugar de ser recibidas con una procesión organizada de humildes solicitantes, los niños «se precipitaron sobre la tarima donde iban a entregarlas, se apoderaron de cuatro o cinco macetas cada uno y salieron corriendo para venderlas por las calles».¹ Las damas quedaron perplejas y estupefactas de miedo. Para algunas, el hecho seguramente confirmaba su idea de que «los pobres» eran incorregibles: al fin y al cabo, ellas solo pretendían ayudar y las recibieron con falta de civismo e ingratitud.

Pero los niños seguramente quedaron tan desconcertados como las mujeres de la asociación: ¿por qué iba alguien a llevarles macetas con plantas, que inevitablemente se morirían en sus pisos poco soleados y mal ventilados, cuando tenían tantas otras carencias apremiantes? Aunque, bien pensado, aquellas inútiles plantas se podían convertir en algo útil. Los niños realizaron su propia valoración de lo que necesitaban y en la lista no aparecía ninguna maceta con plantas, de modo que se comportaron como se han comportado los hombres, mujeres y niños pobres durante siglos cuando se han propuesto sobrevivir: tomaron lo poco que se ponía a su disposición y lo convirtieron en algo de su provecho. También podría haberse tratado de la harina confiscada en los primeros disturbios alimentarios estadounidenses, la leche y los pañales arrebatados por las mujeres mediante incursiones en los supermercados durante los apagones de Nueva York, los ingresos obtenidos ilegalmente mientras se recibía alguna prestación social o los alimentos y provisiones saqueados en las estanterías de los almacenes de Nueva Orleans en los penosos días inmediatamente posteriores al huracán Katrina de 2005.

En otra ocasión, años después, fueron macetas con geranios lo que «algunas damas afables y ociosas» entregaron a diez mil niños reclutados en los barrios pobres de Nueva York. Según parece, esa vez no hubo episodios de violencia, las flores se distribuyeron sin complicación alguna y las damas debieron de sentirse plenamente satisfechas por haber hecho tan buena obra. Un año más tarde regresaron victoriosas a la escena donde tuvo lugar su acto caritativo «en automóviles de lujo y bien equipados [...] para sonreír y ser correspondidas» y para otorgar premios a los responsables niños que mejor hubieran cuidado de las flores que tuvieron a su cargo. Iba a ser un gran día. Pero encontraron pocos de aquellos niños, y menos aún de aquellas flores. Muchos habían muerto, como es lógico; niños y flores por igual. Las damas quedaron conmocionadas y seguramente regresaron a sus hogares un tanto indispuestas, un tanto confusas, igual que sus hermanas de 1893.²

Más o menos en la misma época, Alexander Irvine, que había alcanzado cierto éxito pese a haber pasado la infancia en un hospicio, llevó a un conjunto de niños pobres de la ciudad a una «fiesta al aire libre, en el jardín» que celebraba un amigo en Montclair, New Jersey, para exponerlos a los saludables efectos del aire puro del campo. Los niños, dos tercios de los cuales eran judíos, quedaron, como era de esperar, boquiabiertos ante las maravillosas viviendas acomodadas, como los jardines meticulosamente cuidados y los árboles altísimos. Pero, a juzgar por el relato de Irvine, no apreciaron convenientemente el almuerzo: leche y sandwiches de jamón.³ Según todas las versiones, los niños trataron de mostrarse corteses y se les ofreció una comida adecuada, pero también debieron de quedar un poco desconcertados por la inutilidad de la ayuda que se les brindaba.

Así sucede con tantos esfuerzos de ayuda, de antes y de ahora: las buenas intenciones de los hombres y mujeres acomodados, de las instituciones benéficas privadas y de los gobiernos no es suficiente, y ninguno puede ofrecer ayuda im-

portante si viven ciegos ante la realidad de las vidas que tratan de mejorar. La novelista Edith Wharton, sagaz observadora de las clases sociales en Estados Unidos, lo expresó muy bien:

La abundancia, si carece del estímulo de una imaginación fértil, se forma una noción muy vaga del aspecto práctico de la pobreza.⁴

La beneficencia privada y la ayuda pública suelen carecer no solo de mera imaginación, sino también de coherencia, pues las plantas y flores no siempre se han considerado comodidades oportunas. A principios del siglo xx, un trabajador social llamó la atención a una usuaria porque había plantado unas cuantas flores en el jardín. A la pobre mujer le recordaron que debería haber dedicado ese espacio a cultivar algo productivo, comestible.⁵ No se sabe si las arrancó para complacer a sus benefactores o si conservó para sí aquel rincón indulgente en su minúsculo jardín. En otras épocas, como durante la tempestuosa huelga de las «obreras textiles» de Lawrence de 1912, las flores llegaron a convertirse incluso en un elemento simbólico de la afirmación de que la mera subsistencia no bastaba; como insistían aquellas mujeres trabajadoras, la dignidad y la belleza también eran aspiraciones legítimas. Como dice la canción:

Nuestra vida no se va a endulzar desde que nacemos hasta que se
acabe;
los corazones pasan tanta hambre como los cuerpos; danos pan,
pero danos rosas

Mientras avanzamos y avanzamos, un sinnúmero de mujeres
muertas
gritan con nuestra canción su antigua reclamación de pan.
Sus almas esclavas conocían el arte y el amor y la belleza.
Sí, es por el pan por lo que luchamos, pero también luchamos
por rosas.

Mientras avanzamos y avanzamos, traemos días mejores,
El ascenso de la mujer significa el ascenso de la raza.
No más esclavitud ni haraganería, ni diez trabajando mientras
uno descansa,
sino glorias de la vida para todos: Pan y rosas, pan y rosas.

Nuestra vida no se va a endulzar desde que nacemos hasta que se
acabe;
los corazones pasan tanta hambre como los cuerpos; pan y rosas,
pan y rosas.⁶

Fueron objeto de burla por ello. Pero, ¿por qué los estadounidenses pobres y trabajadores no deben aspirar más que a la mera subsistencia? ¿Por qué iba a sonar ridículo exigir ciertas dosis de alegría en la vida? ¿Y por qué debemos dar por supuesta la cómoda y arrogante presunción de que los filántropos y los dispensadores de ayuda tienen que sustituir su criterio por el de sus beneficiarios? Como me dijo hace poco una persona sin hogar refiriéndose a unos nuevos programas sociales de la ciudad de Nueva York, consistentes en pagar ayudas por determinadas conductas... por determinadas conductas «responsables», «yo no soy idiota. Solo soy pobre. La gente no parece entender la diferencia».⁷ Como ha señalado el historiador Michael Katz, resulta irónico que para fomentar la autonomía de las personas dependientes de ayudas sociales, tanto las instituciones benéficas públicas como privadas les reclamen a menudo una actitud suplicante y sumisa.⁸ En 1789, a quienes solicitaban ayuda del Committee for Improving the Condition of Free Blacks (Comité para la Mejora de las Condiciones de los Negros Libres) se les exigía que exhibieran «el debido respeto»,⁹ del mismo modo que Jason Turner, el director del programa de servicios sociales de la ciudad de Nueva York, señaló después de la reforma de las prestaciones de 1996 que la condición para recibir ayuda debería ser que los solicitantes mostraran «una

conducta respetuosa» hacia los trabajadores sociales.¹⁰ En 1967 se sometió a una mujer orgullosa a una «evaluación psiquiátrica» en el Hospital Bellevue porque se negaba obstinadamente a permitir que un trabajador del departamento de servicios sociales inspeccionara sus armarios.¹¹ Como declararon algunas mujeres de Alabama ante la Comisión de Derechos Civiles de Estados Unidos en 1968, para aspirar a una ayuda a menudo hay que depender, además, de varios tipos de conducta adecuada:

No te van a ayudar si descubren que estás metida en cuestiones de defensa de los derechos civiles [...] mejor que no sepan que participas en el movimiento de defensa de los derechos civiles.

Cuando un comisionado preguntó cuáles eran las consecuencias, una tal señora Wage contestó:

Bueno, si te han dado algún dinero, intentarán que dejes de recibirlo y, simplemente, te tratarán con frialdad y todo eso; pero te matarán a palos, si es necesario.¹²

Hay algo singularmente contraproducente en el desprecio que se acumula sobre los estadounidenses pobres, sin techo y dependientes de programas de ayuda, así como sobre el modo en que se les infantiliza, expresado aquí en 1973 por la señora Robert Manwarren, una madre de un programa de preescolar para niños desfavorecidos:

Ya ve, el hecho es que la mayor parte de la gente que nunca ha sido pobre no consigue entender que no hay ninguna diferencia entre ser blanco pobre, negro pobre o cualquier otra combinación. Se ve una obligada a sentir que no es tan buena o tan inteligente como los demás. [...] ¿Cómo podemos esperar que llegue a alguna parte gente que no cree ser digna de nada?¹³

El economista John Kenneth Galbraith escribió que a una sociedad opulenta, «nada le exige que sea compasiva. Pero no hay ninguna elevada justificación filosófica para la crueldad». ¹⁴ Sin embargo, los estadounidenses somos crueles, cuando no simplemente indiferentes, y así hemos sido durante la mayor parte de nuestra historia. Lo que me lleva a una última historia de flores. A finales de la década de 1990, Walt, un mendigo sin hogar que vivía en Washington D.C., decía lo siguiente:

Hay gente que va a ser grosera contigo; que te va a mirar como si fueras un animal. No es muy distinto de como mira las flores. Algunas personas miran las flores y dicen «¡Qué flor más bonita!». Y se detienen a olerla. Otras ven lo mismo y dicen «¡Bah! No es más que una cosa que crece sola en el jardín». ¹⁵

Hoy día, como siempre, cuando se piensa en los hombres y mujeres pobres, si es que se piensa en ellos, se los considera una cosa que crece sola en el jardín. Tal vez el crítico social Dwight Macdonald acertara a expresarlo en 1963:

Las injusticias que sufren los pobres tienen algo de monótono, lo que tal vez explique la falta de interés que el resto de la sociedad muestra hacia ellos. Todo parece estar mal en ellos. Nunca ganan. Sencillamente, es aburrido. ¹⁶

Todas estas son estampas escogidas casi al azar, pero subrayan algunos de los rasgos que han sido constantes en la historia de la pobreza y los servicios sociales estadounidenses, y son una muestra del enfoque desde abajo con el que me propongo reconstruir esa historia en las páginas siguientes. ¹⁷ Hay una ignorancia generalizada acerca de cómo viven los estadounidenses pobres; una ignorancia, real o fingida, que conforma el discurso público sobre la pobreza, los servicios sociales y la política misma. Cuando el siglo xx se acababa, adquirió cierta fama lo que hizo el fotógrafo y periodista neoyorquino Jacob

Riis: documentar «cómo vive la otra mitad».¹⁸ Pero para descubrir por qué vivían así, o cómo sobrevivían, tendremos que buscar en otra parte. Teniendo en mente la acusación hecha por Edith Wharton, uno de los objetivos de este libro es contribuir a formarnos algo más que «una vaga idea» de lo que es la pobreza: presentar a los lectores de manera más completa a las personas pobres y trabajadoras, mostrándoles lo delgada que ha sido y sigue siendo la línea que separa poder arreglárselas de no poder arreglárselas en absoluto; documentar los heroicos esfuerzos que la mera supervivencia ha requerido a menudo; celebrar la seguridad que la ayuda bien orientada y fiable puede ofrecer (aun revelando al mismo tiempo su rostro más opresivo); y demostrar que un programa de servicios sociales generoso y adecuadamente gestionado puede hacer posible la dignidad y la responsabilidad si proporciona a sus destinatarios la capacidad de cuidar a los niños o a los parientes más débiles, asistir a la universidad, tener acceso a la atención sanitaria para sus hijos, escapar de la violencia o los abusos domésticos o rechazar trabajos degradantes, peligrosos o mal pagados. Como veremos, los servicios sociales le pueden hacer a uno más libre.

Prestar mayor atención a los más afectados, pero también a los más ausentes, en las historias de la pobreza y la asistencia social que se publican podría contribuir además a desterrar un cruel engaño subyacente a la cultura política estadounidense. Tal vez el credo del individualismo se ajuste bien a los más acomodados, pero representa un peligro para las clases sociales más vulnerables, que deben compartir recursos y poner en común sus necesidades. Su interdependencia es una necesidad y un bálsamo, así como otra constante en toda la historia estadounidense. Alguien bien surtido de fondos, con una mesa copiosa y una vida estable y segura, se puede permitir ser independiente o, incluso, estar solo. El resto no puede y debe constituir comunidades de necesidades compartidas. Las complejas redes de dependencia que los pobres han formado con

el fin de sobrevivir han permanecido demasiado ausentes de las historias de la pobreza y la asistencia social que publicamos. El Gobierno es la mayor de esas comunidades, y el Estado de bienestar es su ideal más saludable, un «compromiso entre el capitalismo y la democracia», según palabras de la filósofa Eva Feder Kittay.¹⁹ La independencia que tanto aclaman muchos (y se refieren a independencia de las ayudas oficiales, no a independencia de un trabajo agotador, de un matrimonio sin amor o de una beneficencia caprichosa) es un espejismo y una trampa. El hombre o la mujer sabios buscarán aquellas dependencias que les faciliten su esfuerzo, enriquezcan su vida y conforten a sus vecinos y sus hijos. Una independencia impuesta puede ser antisocial, alienante y peligrosa; no se la debería convertir en un objetivo cultural, social o político. En la autonomía no necesariamente hay virtud. Pero sí puede haber valores en la dependencia, y para que una sociedad sea moral y humana los servicios sociales son una exigencia (la dependencia necesaria). Thomas Paine, cuya obra *El sentido común* contribuyó a aglutinar el apoyo público a la independencia de Gran Bretaña, lo percibió en el momento de nuestra fundación como país. Escribió estas palabras en un tratado titulado «Justicia agraria»:

En todos los países hay algunas organizaciones benéficas majestuosas fundadas por determinados individuos. Sin embargo, eso es muy poco comparado con lo que cualquier individuo puede hacer si se tiene en cuenta el alcance de toda la desgracia que hay que aliviar. Quizá ese individuo acalle su conciencia, pero no su corazón. Tal vez entregue todo lo que tiene, y todo eso no aliviará más que un poco. Solo organizando la civilización sobre la base de semejantes principios para que actúen como un sistema de poleas se puede eliminar todo el peso de la miseria [...]. No se debería dejar a la libre elección de determinados individuos desprendidos si se va a hacer justicia o no.²⁰

Paine construye una argumentación en apariencia simple en favor de la ayuda pública: no se debería dejar a la libre elección de determinados individuos desprendidos si se va a hacer justicia o no. Pero casi siempre ha sido así a lo largo de la historia de Estados Unidos, con los resultados previsibles. Entre los países «avanzados», Estados Unidos cuenta con las tasas más altas o casi más altas de pobreza (la más alta), pobreza infantil (la más alta), pobreza en la tercera edad (la segunda más alta), pobreza endémica (la más alta), pobreza permanente (la más alta) y desigualdad de rentas (la más alta); podemos presumir de tasa de presos (la más alta), costes de atención sanitaria (la más alta), sueldos de consejeros delegados de empresas (la más alta), promedio de horas trabajadas (solo es más alta en Australia y Nueva Zelanda) y mortalidad infantil (de las más altas; es más baja en Taiwán, Bélgica, Cuba y República Checa, entre otros). Sin embargo, hay siete países desarrollados con tasas de productividad más elevadas que las de Estados Unidos, en muchos de los cuales la semana laboral es más corta. Al mismo tiempo, Estados Unidos figura entre aquellos donde la graduación en estudios de secundaria, la cobertura sanitaria, las vacaciones pagadas y los permisos por maternidad, la participación electoral, la presencia de mujeres en los órganos legislativos, los salarios de los trabajadores, el nivel de vida de los grupos menos favorecidos y la esperanza de vida son más bajos.²¹ Un estudio realizado en el año 2005 por Save the Children reveló que había diez países en los que a las madres y a sus hijos les iba mejor que en Estados Unidos.²² La tasa de mortalidad infantil entre los afroamericanos de Washington D.C. es más elevada que en el pobre estado indio de Karala, y la tasa de mortalidad infantil general en Estados Unidos es la misma que en Malaisia.²³ Los varones de Bangladesh tienen más probabilidades de vivir más allá de los sesenta y cinco años que los varones negros de Harlem.²⁴ Hay en Estados Unidos muchas cosas excepcionales, muchas cosas extraordinarias y dignas de elogio, pero muchos estadounidenses, tal vez la mayoría, vivirían

mejor en otra parte. Como ha señalado David Wagner, estudioso de los servicios sociales, tal vez nuestra retórica auto-complaciente, lo que él denomina el «discurso de la virtud», oculte una realidad menos noble: los estadounidenses hacen por los más humildes de su alrededor menos que los habitantes de otros países occidentales industrializados.²⁵

La actitud de los estadounidenses hacia la pobreza y el bienestar ha sido bastante constante, además, y tiene unas raíces muy profundas. En la Europa del siglo XIII, un teólogo destacado citaba como principal defecto de los pobres la «ociosidad habitual, la disipación y la ebriedad», de forma muy parecida a como Joel Schwartz, del Instituto Hudson, sostenía recientemente que el remedio para la pobreza urbana era «rearmar moralmente [a los pobres]» en las «tres virtudes cardinales» de «la diligencia, la sobriedad y el ahorro».²⁶ Ya en el siglo XIV apareció la costumbre, vigente aún hoy, según la cual tipificamos y valoramos a los pobres: los «pobres de Pedro», los pobres por decisión propia, honrados, los de las órdenes mendicantes y similares, cuya pobreza se consideraba un acto de sumisión a Dios y una muestra de humildad; frente a los «pobres de Lázaro», esos pobres deshonestos que no sufrían pobreza por decisión propia, sino por las circunstancias y, tal vez, como castigo. Acabarían convirtiéndose en lo que hemos denominado los «meritorios» y los «no meritorios», los «dignos» y los «indignos», los trabajadores y los ociosos, el pobre hombre y el indigente. El informe más reciente contra el estado de bienestar elaborado por Charles Murray, del American Enterprise Institute, nos retrotrae directamente a esas concepciones del siglo XIV y nos anima a diferenciar políticamente entre la pobreza involuntaria («cuando alguien que actúa correctamente sigue siendo pobre») y la pobreza voluntaria («el fruto de la ociosidad, la irresponsabilidad o el vicio propios»)²⁷ Aunque el lenguaje ha cambiado, llevamos pensando en la pobreza en estos términos, salvo contadas excepciones, y tipificando en consecuencia a quienes solicitan ayu-

das. Exageramos muy poco si decimos que quienes ejercen el poder político se han preocupado principalmente por la moral de los estadounidenses pobres, mientras que a los estadounidenses pobres les preocupan sus estómagos.

El origen de parte de nuestra tradicional resistencia a la generosidad de los programas de bienestar público se puede encontrar en el pernicioso mito del pobre perezoso (negro o inmigrante), que supuestamente se alegra de vivir del subsidio de desempleo y no duda en aprovechar cualquier esfuerzo del Gobierno (o de la beneficencia privada) por el que le ofrecen alimento, dinero o cobijo.²⁸ Como cualquier otro mito que se precie, pervive a pesar de la falta de pruebas que lo respalden. Incluso Josephine Shaw Lowell, una de las opositoras más feroces del siglo XIX a la ayuda a los pobres (lo que hoy llamamos programas de bienestar social) acabó dándose cuenta finalmente. En el siguiente fragmento escribe a su cuñada Annie hablándole de los neoyorquinos pobres que llegaban al amparo de su organización:

Todos quieren trabajar, trabajar y trabajar: muchas son viudas con niños; muchos son hombres que han sufrido accidentes; hasta el momento, no hemos encontrado en realidad a muchos pobres «indignos» o, al menos, estos no son los que producen semejante impresión.

Y posteriormente, ese mismo año, escribió:

Si se pudiera hacer entender a los ricos que lo que los pobres quieren es un salario justo y no pequeños subsidios para alimentos, no tendríamos todo este sufrimiento, miseria y degradación.²⁹

Nada anormal; como veremos, es una constante. Lo que los estadounidenses pobres han reclamado habitualmente (cuando han reclamado algo) no es caridad o programas sociales,

sino un empleo fijo y un salario decente. Con lo que han tenido que conformarse (cuando han podido conseguir algo) era con una ayuda mísera y degradante o con trabajar a cambio de unos salarios tan bajos que seguían siendo pobres. En cualquiera de los dos casos, lo que había solía equivaler, en palabras del cantautor Mike Millius, a «no lo suficiente para vivir, sino demasiado para morir».³⁰ En consecuencia, las personas necesitadas se adscriben a instituciones y programas que pretenden controlarlos, que tratan de ayudarlos de acuerdo con las condiciones de las instituciones y los convierten en una finalidad de la propia institución, como los niños descritos más arriba, a veces para sorpresa de quienes pensaban que eran ellos quienes tenían el mando. De hecho, cuando los pobres se han comportado así, en lugar de recibir elogios por su independencia o ingenuidad o por asumir la responsabilidad del bienestar de su familia, han sido castigados por el activismo o se les ha recordado con amabilidad y paternalismo que tal vez en su situación fuera más adecuado adoptar una actitud más pasiva. En un editorial de enero de 1860, *The Chicago Weekly Democrat* clamaba contra los hogares de beneficencia y sus moradores y citaba en tono de aprobación a una «anciana dama muy sagaz» que se sentía molesta por la insolencia de aquellos a quienes ella llamaba «los pobres indignados».³¹ Su desdeñosa expresión recoge la idea con precisión: incredulidad ante el hecho de que los pobres pudieran no estar solo agradecidos por la generosidad que se les había dispensado. Es intolerable que formulen demandas... y lo sigue siendo.

Esa es otra constante, la condescendencia que ha regido los esfuerzos de ayuda estadounidenses, arraigados, conscientemente o no, en la idea de que deben de ser los defectos morales lo que explique por qué las personas se encuentran en situación de necesidad, y la suposición que comporta de que el reformador, el burócrata, los legisladores y el trabajador social saben mejor lo que los pobres necesitan y cómo deben comportarse. Pero, al igual que sucede con quienes no lo son, los

pobres tienen historias dispares y necesidades complejas; todos necesitamos pan para sobrevivir, pero para ser plenamente humanos también necesitamos rosas. Podríamos permitir que los perceptores refutaran la persistente suposición de que necesitan que se les enseñen los valores del trabajo, la responsabilidad y la independencia, sobre todo cuando raras veces se aportan pruebas que sustenten la afirmación de que se trata de «patologías» generalizadas. «No soy idiota. Solo soy pobre. La gente no parece entender la diferencia.»

Existe incluso cierto riesgo al escribir sobre «los pobres», puesto que lleva implícito, al menos, que los pobres presentan más rasgos comunes que diferenciadores, que comparten intereses, creencias, necesidades, quejas o una cultura común. Antes, la experiencia de la necesidad y de la interacción con las instituciones benéficas públicas y privadas se ha descrito similarmente mediante los objetos de las medidas de asistencia social; de manera tan similar, de hecho, que contrariamente a los conocimientos históricos al uso, la historia de la asistencia social estadounidense tal vez no sea la historia del progreso con la que nos hemos familiarizado sino, como mostraré, una historia de estancamiento.³² Pero la experiencia de la pobreza presenta también muchas variantes, que perderemos de vista si tratamos a los estadounidenses pobres y dependientes de la asistencia social como una masa indiferenciada. Llegaré incluso a sostener que nunca han existido unos servicios sociales estadounidenses; más bien, ha habido muchos tipos de servicios sociales estadounidenses, que varían en función de quién se sea, cuándo se viva y dónde se viva. La asistencia social ha sido una experiencia marcadamente distinta para las mujeres, para los negros del sur del país, para los veteranos de guerra, para los blancos de clase media del norte del país, para los varones o para los niños. Y ha sido distinta para las diferentes mujeres, los diferentes niños, etcétera.³³

Ha habido incluso otro mito pertinaz, otra constante, según la cual la asistencia social, lejos de ser una solución a la pobreza,

es en realidad su causa. Frederic Almy, un reformador de la beneficencia, lo afirmó de este modo en 1900:

No puede resultar excesivo afirmar que la gente mendiga porque sea pobre, sino que es pobre porque mendiga, y que mientras mendigue, seguirá siendo pobre. El aluvión continuo de caridad ha estado afluyendo durante siglos, y la riada de pobreza no ha dejado de crecer; y no nos hemos detenido a considerar que tal vez fueran simplemente causa y efecto.³⁴

Las pruebas de este extremo también son insignificantes, pero según palabras habitualmente atribuidas a George Orwell, «ahora vivimos sumidos en unas profundidades en las que la primera obligación de un hombre inteligente es reafirmar lo obvio». De manera que, aun a riesgo de afirmar lo obvio, la asistencia social y los servicios sociales, pese a sus imperfecciones, causan más beneficios que perjuicios. Está claro que la ayuda pública puede reducir la necesidad; existe relación directa y bien documentada entre cuánto destina un país a la ayuda y el bienestar básico de sus ciudadanos.³⁵ Pero sirve para más cosas. La asistencia social saca del mercado laboral a los trabajadores mayores o menos productivos y, por consiguiente, incrementa el empleo disponible y los salarios para quienes permanecen en el mercado. Socializa los costes de la atención y la educación de la mano de obra, una carga que, de otro modo, sería soportada en exclusiva por las empresas necesitadas de trabajadores sanos y con la formación adecuada. Redistribuye la riqueza y las rentas, promueve la igualdad, la justicia e, incluso, la fe en los procesos democráticos; en consecuencia, tal vez reduzca también los conflictos de clase.³⁶ Hay incluso relación entre la asistencia social y la cárcel: si no se destina dinero a ayudas, pensiones, empleo, formación profesional y educación, se gastará, si todo lo demás permanece igual, en policía, cárceles y represión.³⁷ Y hay pocas pruebas que avalen que las ayudas sociales reducen apreciablemente la productivi-

dad o el crecimiento económico; en realidad, podría ser más bien al contrario.³⁸

Aun así, la defensa de los servicios sociales del estado de bienestar se debe acometer con cautela. Podríamos recordar no solo que los programas y políticas cuya intención es ayudar a los pobres y a los trabajadores han pretendido más bien controlar (y han conseguido hacerlo) la conducta de los más necesitados en lo referente al matrimonio, la reproducción y el trabajo, o han degenerado en baterías de medidas de paternalismo político. Pero tampoco deberíamos atribuir virtud a los pobres simplemente porque son necesitados; no sería más que una variante del paternalismo tradicional. No todos los pobres son o han sido héroes, y no hay nobleza alguna en la pobreza. Entre los pobres hay perezosos, personas viles y corruptos, exactamente igual que entre quienes no son pobres, claro está. Aun así, la balanza se ha inclinado tanto hacia un extremo del espectro que deberíamos tratar de reclamar alguna dosis de verdad a los sofistas que insisten, porque les beneficia, en que el sacrificio compartido y la acción colectiva es nociva, que la pobreza es algo natural y que la raíz de la necesidad es la inmoralidad. Una receptora de asistencia social a principios de la década de 1970 aporta su punto de vista acerca de por qué perviven semejantes mitos:

Los mitos son necesarios para justificar la red de asistencia social, un sistema que estafa a las mismas personas que supuestamente ayuda. Los mitos son necesarios para desanimar a posibles trabajadores mal pagados y que no soliciten ayuda. Los mitos son necesarios para desviar la frustración que los contribuyentes sienten hacia los grandes perceptores de asistencia social del país (los ricos y el ejército) para depositarlas sobre los pobres indefensos e impotentes. En resumen, los mitos son necesarios para ocultar la verdadera crisis del estado de bienestar.³⁹

Como mostró A. J. Liebling, un colaborador de *The New Yorker*, cuando analizó el monumental caso de fraude de 1947

en las ayudas a la que se conocía como «la dama de visión», los medios de comunicación tienen gran parte de la culpa. Los políticos y los ideólogos tratan de demonizar a los destinatarios y de deslegitimar los programas oficiales de ayuda, mientras que la prensa busca reportajes sensacionalistas para vender publicidad. La verdad del caso individual, y no tanto la verdad más global de quién recibe ayuda y por qué, es irrelevante para ambos tipos de agentes de poder.⁴⁰ Así es como pervive el mito de Ronald Reagan de que hay una «reina de la asistencia social», pese al hecho de que era una caricatura confeccionada por un asesor político que le escribía los discursos.⁴¹ Son la propaganda, los estereotipos y los mitos los que rigen en mucha mayor medida que los hechos nuestras ideas sobre la pobreza y la ayuda a los pobres. Según las medidas oficiales actuales, por ejemplo, más de un tercio de los estadounidenses pobres son niños menores de dieciocho años, más del 10% son mayores de sesenta y cinco años y casi el 40% de los adultos pobres son discapacitados: es decir, la mayoría de los pobres son «dignos» o pobres «involuntarios» a causa de la ancianidad, la juventud o la enfermedad. Pero cuando oímos hablar de asistencia social, la imagen que nos viene a la mente sigue siendo la de la reina de la asistencia social o la dama de visión, quienes no son más que dos de una larga lista de demonios que los demagogos han utilizado para fomentar entre las clases medias y trabajadoras la oposición a las ayudas, lo que oculta el hecho de que la mayoría de los estadounidenses se beneficiarían de unos programas de asistencia social y sanitaria fiables. Es una vieja historia.

La muy diferente historia que esbozaré en este libro no se expone de forma cronológica. Como parte del objetivo consiste en desentrañar lo parecida que es la experiencia de la pobreza a lo largo de toda la historia de Estados Unidos, avanzo y retrocedo rápidamente entre diferentes periodos históricos.

Tampoco es una historia concisa y completa, y se han hecho muy pocos esfuerzos para que lo sea. Más bien, es temática: es una tentativa de subrayar las constantes de nuestra política de ayuda, de indicar cómo la narración tradicional, que sitúa los programas de asistencia social norteamericanos en los periodos de gobiernos progresistas y del New Deal, ocultan más que revelan sobre el muy superior legado de prácticas de apoyo, y de responder a unas cuantas preguntas ostensiblemente simples: ¿Cómo se vivía en un hogar de beneficencia y qué llevaba a las personas a decidir ingresar en aquellos espantosos albergues? ¿Por qué las familias entregaban a sus hijos a un orfanato o al «tren de los huérfanos»? ¿Qué era «recorrer» el país y surcar las vías del ferrocarril en busca de trabajo en la era de la industrialización? ¿Qué significa hoy día depender de un banco de alimentos para satisfacer las necesidades de tu familia o esperar una cola de dos horas en un comedor comunitario, a la vista de un público que te desprecia, donde luego te meten prisa para comer de tal forma que le llegue el turno a la multitud que va detrás de ti? ¿Cómo es la experiencia de entregar a un cajero los cupones de comida y sentir que quienes van detrás de ti en la cola examinan tus compras y valoran la conveniencia de lo que has elegido? ¿Qué trucos han empleado los pobres para conservar la dignidad ante semejantes desprecios? ¿Ha cambiado en algo todo esto? ¿Cómo se siente uno al tener que rellenar una solicitud de asistencia social y por qué los hombres y mujeres deciden someterse al proceso? ¿Y cuánto peor ha sido para quienes no son candidatos a ayuda o no están dispuestos a pedirla, y cómo ha variado su experiencia a lo largo del tiempo?

Las páginas que siguen pretenden describir la pobreza y la asistencia social desde la perspectiva de los norteamericanos pobres y dependientes de las ayudas, centrándose en cómo han creado comunidad (capítulo 1), conseguido cobijo (capítulo 2), encontrado comida (capítulo 3), buscado trabajo (capítulo 4), atendido a los niños (capítulo 5), luchado por la dignidad y el

respeto (capítulo 6), experimentado la represión y el control (capítulo 7), perdido la esperanza (capítulo 8) y contraatacado (capítulo 9). El epílogo pasa revista a la forma en que medimos la pobreza, aunque tal vez sea por ahí por donde a algunos lectores les gustaría empezar.

He hecho todo lo posible por dejar espacio para que se escuche la voz de quienes han sido objeto de programas de ayuda pública o privada, y a menudo he permitido que esos discursos se prolonguen. En ese sentido, esta es una historia inusual, repleta de citas extensas que se desbordan. En 1973, una joven anónima de Eskimo señaló:

Mi abuela me dijo que el hombre blanco nunca escucha a nadie, pero que espera que todo el mundo le escuche. Así que nosotros, escuchamos.⁴²

Me tomo esta crítica y otras similares muy en serio. Es, en parte, un ejercicio de escucha y, si consigo lo que me propongo, lo hago ejerciendo de mediador y guía turístico: presentando contextos y análisis cuando es necesario y guardando silencio cuando es posible, permitiendo que los hombres, mujeres y niños tomen aquí el micrófono y hablen con su propia voz, refieran sus historias, sondeen alegrías y pesares y den rienda suelta a su ira y su indignación legítima y justificada. Dado que las estanterías crujen bastante bajo el peso de los libros sobre la pobreza escritos por norteamericanos eminentes, tal vez lo menos que podamos hacer sea dejar un pequeño hueco para aquellos a quienes raras veces se da voz. Y tomárnoslo tan en serio como nos tomamos las declaraciones de presidentes, reformistas de la beneficencia, burócratas, analistas políticos especializados y eruditos. Así pues, este libro se basa en una presunción muy simple: hemos contado la historia de la asistencia social y la pobreza centrándonos en las actividades de grandes hombres y mujeres (como Jane Addams, Franklin Roosevelt o Lyndon Johnson) y en momentos clave

de la innovación política (las reformas estatales de la era progresista* y la intervención a escala nacional del New Deal y la Gran Sociedad)**. Como ha señalado el politólogo Jacob Hacker, «escribir sobre política de asistencia social es escribir sobre por qué la gente apoya y diseña políticas que tienen efectos concretos sobre el mundo real».43 Pero, ¿qué pasa si en lugar de preguntar cómo y por qué ha cambiado la política con el paso del tiempo, como llevamos haciendo tanto tiempo, preguntamos cómo ha cambiado (o no) con el paso del tiempo la experiencia de ser pobre y necesitado? De este modo, y permitiendo que sean los objetos de esas políticas quienes la evalúen, dejándoles espacio para que describan su experiencia y, a continuación, tomándonos muy en serio ese «conocimiento de la vida», vemos aflorar una historia muy distinta; y así se pone de manifiesto también un nuevo tipo de historia de la asistencia social estadounidense.44

Este libro no puede evitar ser más que una narración distorsionada. Una de las distorsiones proviene del hecho de que solo se han podido incluir en él las voces que han sobrevivido en los documentos históricos. No puede haber aquí testimonio alguno de quienes jamás han escrito un diario, nunca han sido entrevistados por un trabajador de la Works Progress Administration (WPA)*** o un antropólogo, nunca han tenido un expediente en un organismo oficial o agencia de beneficencia privada, nunca han escrito una canción, un poema o una carta al director. Más concretamente, las decisiones que he tomado

* Periodo de la historia estadounidense comprendido entre las décadas de 1890 y 1920, caracterizado por las reformas políticas y el activismo social. (*N. del T.*)

** Nombre con el que se conoció en Estados Unidos al programa de lucha contra la pobreza y las injusticias raciales promovido por el presidente Lyndon B. Johnson en la década de 1960. (*N. del T.*)

*** Principal agencia instituida en el marco del New Deal, cuyo cometido era dar empleo a millones de desempleados para que ejecutasen programas de obras públicas. (*N. del T.*)

sobre qué incluir de los relatos que he acumulado están, ineludiblemente, sesgadas, si bien se pretende que no sean simplemente reveladoras, sino representativas. Tal vez la mejor forma de entenderlo no sea como la culminación de un proyecto, sino como el comienzo de otro, en especial si pensamos que he recurrido aquí sobre todo a cartas, diarios, revistas y entrevistas publicadas con anterioridad. La narración también está distorsionada por la naturaleza del propio proyecto, del mismo modo que por el marco que le sirve de inspiración: la colección de Howard Zinn *A People's History of the United States*.⁴⁵ Me dispuse conscientemente a elaborar una historia de la pobreza y la asistencia social en Estados Unidos diferente de las tradicionales. Así, exactamente igual que Zinn narra la historia de la llegada de Colón a las Bahamas a través de los ojos de los indios arawak, mostrándonos las comunidades devastadas y las familias masacradas por el gran descubridor, yo permitiré que los habitantes del barrio de Manhattan conocido como Five Points, nuestro suburbio más célebre, nos ayuden a asomarnos a las densas, tupidas y, a menudo, felices comunidades que constituyeron allí; o que las mujeres que reciben asistencia social expliquen cómo su supuesta «dependencia» les ha permitido criar a sus hijos y comportarse, tal como ellas lo han entendido, responsablemente. Subrayo los aspectos en los que se puede echar por tierra o revelar la narración tradicional en todas sus facetas, pero sí presento parte de la narración con la intención de situar el terreno o argumentar en su contra. El lector no precisa ningún conocimiento anterior de la historia de los servicios sociales estadounidenses, si bien *Una historia de la pobreza en Estados Unidos* podría servir tanto de manual como de contrapunto para cualquier otra de las historias tradicionales al uso impresas.⁴⁶

La medida en la que este libro haya alcanzado sus objetivos se debe en parte a quienes han leído y comentado críticamente el texto. Mi agradecimiento a Mimi Abramovitz, Jocelyn Boryczka, Lauren Fitzgerald, Andy Hsiao, Joseph Luders, Fu-

raha Norton, Sanford Schram y los correctores anónimos de The New Press. También se debe dar las gracias a Hart Schwartz y Paul Adam por la ayuda en la investigación y en la lectura de los borradores; a Mary Ann Linahan y a la Biblioteca Pollack por su generosa ayuda con las numerosas peticiones de préstamos interbibliotecarios; a Mort Lowengrub por la financiación para la investigación y la concesión de tiempo; y a Frances Fox Piven, Tim Cornell y Joie Jacobsen, simplemente porque sí.

Y una última salvedad: al igual que muchas de las historias que la han precedido, esta está filtrada por la mirada y la experiencia de un universitario blanco y varón de clase media. Supone un reconocimiento importante, puesto que en todo el libro presto mucha atención a la ceguera de los ricos frente a la experiencia vivida de los estadounidenses pobres y marginados, y los reprendo por esa falta de empatía. Afirmaré que estoy mejor preparado de lo que lo estaban las mujeres de la Children's Potted Plant Society, pero será el lector quien tendrá que dictaminar hasta qué punto es así.